

CONDICIONES.

Se publica todos los domingos en un pliego de 16 páginas casi folio, á dos columnas.

Además ocho páginas en octavo prolongado de novelas compaginadas con láminas sueltas.

Contiene igualmente figurines, dibujos, labores y patrones.



PRECIOS.

En Madrid....	Un mes.....	8 rs.
	Tres.....	23 »
	Seis.....	44 »
En provincias..	Un año.....	82 »
	Un mes.....	10 »
	Tres.....	27 »
Ultramar y extranjero.....	Seis.....	52 »
	Un año.....	100 »
		8 ps. fs.

LA VIOLETA.

REVISTA HISPANO-AMERICANA

DE

INSTRUCCION PRIMARIA, EDUCACION, LITERATURA, CIENCIAS, LABORES,
SALONES, TEATROS Y MODAS.

DEDICADA A S. M. LA REINA DOÑA ISABEL II.

Y DECLARADA DE TEXTO POR REAL ÓRDEN DEL 15 DE NOVIEMBRE DE 1864,

AUTORIZANDO A LAS ESCUELAS NORMALES DE MAESTRAS Y LAS SUPERIORES DE NIÑAS PARA QUE SE SUSCRIBAN
CON CARGO AL MATERIAL.

DIRECTORA PROPIETARIA, DOÑA FAUSTINA SAEZ DE MELGAR.

SUMARIO.

Reforma de la instruccion pública, por D. Leandro A. Herrero.—*Noviembre*, soneto, por doña Faustina Saez de Melgar.—*La Caridad*, por doña Rogelia Leon.—*La caída de las hojas*, poesía, por D. Adolfo Llanos y Alcaráz.—*El Manco de Lepanto*, por D. Joaquin Tomeo y Benedicto.—*Las ilusiones perdidas*, poesía, por D. A. Alcalde Valladares.—*Consejos para hacer fortuna*, por Franklin (conclusion).—*Guillermo Monci* (continuacion), por doña Rogelia Leon.—*Modas: Correo de señoritas*, por doña Joaquina de Carnicero.—*Esplicacion del figurin*.—*Variedades*.
Pliego doce del segundo tomo de *Angela ó El Ramillete de Jazmines*, novela original de doña Faustina Saez de Melgar.
Pliego once de *Leyendas Granadinas*, por doña Rogelia Leon.

REFORMA DE LA INSTRUCCION PÚBLICA.

La aptitud intelectual del profesorado de Instruccion pública en su grado elemental debe ser condicion precisa para inaugurar sus funciones: como no tenga grandes conocimientos psicológicos, como no conozca bien á fondo el corazón humano, pocos mi-

lagros realizará en la esfera de su ministerio: para instruir es necesario ser instruido; para educar se necesita un grande caudal de ciencia.

El magisterio debe ser un sacerdocio, una paternidad: debe saber continuar la obra de la madre y grabarla en bronce: debe saber mantener, promover y sostener entre la pequeña sociedad encomendada á su cuidado un vínculo de hermosa fraternidad, que predisponga para lo futuro á la buena inteligencia de los lazos sociales.

En cuanto á la enseñanza que ha de trasmitir su latitud y su clase, basta solo tener presente la cuestion de localidad.

Distinto programa necesitan las aldeas que los grandes centros de poblacion; en éstos la enseñanza elemental se puede ampliar en el instituto y en la Universidad: en aquellas no admite ampliacion fuera de la escuela. De lo dicho se infiere, que si en la metrópoli basta que la accion del magisterio se limite á educar, en las aldeas tiene además que instruir.

Los ramos que abraza la enseñanza primaria están bien determinados en los reglamentos vigentes: falta solo saber acomodarla á la índole y carácter de

cada país, aplicándola en provecho de sus intereses materiales.

Así, donde la primera riqueza de una comarca sea exclusivamente agrícola, conviene fomentar en alto grado los conocimientos de agricultura; si es puramente industrial, los estudios de ciencias físicas y naturales; si la comarca es litoral ó fronteriza, los conocimientos de matemáticas, geografía, industria y comercio y lenguas extranjeras.

No basta hacer forzosa la primera enseñanza, ni basta darla gratuita á los pobres; es preciso quitar todas las trabas que paralicen su impulso generoso.

Grande interés ofrece este punto importantísimo: en la mayor parte de nuestras pequeñas localidades no se conocen todavía á fondo los beneficios de la instrucción, y se rechaza por indolencia; las matrículas y retribuciones pecuniarias deben suprimirse en beneficio de todas las clases para evitar una muchedumbre de males que pueden entorpecer la acción de la primera enseñanza; el presupuesto general del Estado puede cubrir estas atenciones, sin que surja una grave complicación en el sistema administrativo.

La desigualdad notable de progreso intelectual que observamos en muchas de nuestras provincias, evidencia hasta lo sumo que la instrucción pública no tiene entre nosotros su precioso carácter de universalidad. Necesario es destruir este mal, difícil de extirpar, porque radica á veces en causas puramente físicas.

En el Norte de Europa, donde la naturaleza cambia de forma por la industria y el trabajo, se encuentra una exhuberancia de progreso intelectual, que forma contraste con la penuria de las comarcas del Sur: en Alemania, Suiza, Bélgica, Inglaterra y Francia, las necesidades físicas han disminuido bajo la mano milagrosa del progreso: la esterilidad de aquellos países les ha facilitado el bien de su preponderancia intelectual. Lo contrario sucede en el Sur: Italia, Grecia y Turquía, están acometidas del marasmo de la indolencia: su feracidad meridional apenas les ha servido para otra cosa que para fomentar su intemperancia.

En nuestra España existe la misma antítesis con idénticos efectos: las provincias de Galicia, Asturias y Cataluña, cuya esterilidad es considerable, tienen más vida intelectual que las provincias del Mediodía. En Galicia y Asturias apenas hay escuelas ni maestros: las disposiciones de la ley especial de

1857, mejoran algun tanto la triste situación de aquellos países: sin embargo, sabemos que en Cataluña la vida de la industria se ostenta en su plenitud, siendo manantial perenne de riqueza, y que en Galicia y Asturias hay más progreso intelectual que en nuestras provincias meridionales.

La causa es puramente física: tiene origen en la mayor ó menor feracidad del suelo. En Andalucía, por ejemplo, nos hallamos con poblaciones enteras sumidas en la miseria extrema, víctimas de la pereza y de la molición: la riqueza de su suelo se halla abandonada por la muerte completa de la industria; la falta de laboriosidad ha convertido en eriales los terrenos más fértiles del mundo. Lo contrario sucede en las provincias del Norte: el suelo más ingrato y más estéril se ha convertido en manantial de riqueza y bienestar, merced á la industria y al trabajo; es un milagro la existencia de ciertas localidades.

Todo lo que en el Norte se encuentra una humanidad culta, instruida en los conocimientos más indispensables de la vida, eminentemente laboriosa y morigerada; en el Sur se encuentra una sociedad plagada de vicios por la intemperancia, por la holgazanería, y por el idiotismo que engendra la nulidad del progreso intelectual.

Los males morales que surgen de este atraso son de gran bulto para que los pasemos en silencio: donde no hay laboriosidad, allí no solo hay vicios, sino delitos: la estadística criminal de las provincias meridionales habla demasiado alto en favor de nuestros asertos.

En el Norte consienten los hombres morir de hambre antes que perpetrar un robo: no sucede así en el Mediodía; la vagancia ha formado allí tropas numerosas de salteadores que nunca se extirpan, porque la causa queda siempre en pié.

Todos, poco ó mucho, hemos ridiculizado en las gacetas el tipo del gallego y del asturiano, relegándolos al género de animales pacientes, bestias de carga, acémilas, bagajes y demás adjetivos satíricos; un individuo del Mediodía se creería degradado desempeñando los oficios de estos hombres laboriosos, y si se le propusiera la comisión de un delito, aceptaría sin rubor, tal vez absolviéndose en su conciencia; pues los otros antes que cometer un crimen, consentirían sufrir el martirio.

¿Qué sería de nosotros en la corte, si el sereno, el aguador, el mozo de cordel, y el criado no fueran

gallegos y asturianos? ¿Quién estaría seguro en su casa sin la proverbial fidelidad de estos ciudadanos eminentemente honrados?

Los agentes asturianos gozan de tal crédito en la plaza, que el comercio, los bancos y las casas de giro les entregan cantidades por valor de millones sin exigirles recibo: jamás se ha lamentado un desperfecto.

Pues este sublime carácter moral de los países del Norte, es una sana consecuencia de su progreso intelectual, y de la índole de la educación que allí se recibe: este carácter falta á las provincias meridionales para ser las más ricas del mundo: si el plan Reglamentario de enseñanza consigue imprimirse, se elevarán á grande altura.

Para ello, basta fomentar allí la primera enseñanza en grande escala, quitándola todas las trabas y teniendo especial cuidado en promover el desarrollo de la vida intelectual, y sobre todo atendiendo á extirpar la vagancia.

Se conseguirá esto, abriendo centros de industria, fábricas, talleres, obras públicas, todo lo que pueda servir de oficio ó de ocupación, todo lo que pueda proporcionar elementos legítimos para subvenir á las necesidades más apremiantes de la vida.

Estamos persuadidos de que la vagancia, no solo es germen del mal, sino que ella misma es un delito: plácenos que se respeten las libertades individuales, los derechos inenajenables del hombre; pero el derecho de ser vago es una monstruosidad de tal naturaleza, que su destrucción nos importa mucho, sean cualquiera los medios que se adopten.

Quisiéramos que en las escuelas de primera enseñanza se reemplazara el fárrago teórico con excelentes métodos instructivos, con el aprendizaje práctico de la enseñanza transmitida.

Así, los niños deben visitar las fábricas, los talleres, las obras públicas, todos los establecimientos donde se aplique un arte, una ciencia ó una industria: ojalá que en vez de esos ejercicios gimnásticos que prescriben los reglamentos á manera de recreo, y que solo sirven para malgastar el tiempo, se les pudiera enseñar un arte ó un oficio, que, recreando al par que desarrollando la vida física, pudiera servirles algún día de preservativo en la desgracia.

Esto es hoy muy difícil; más con el tiempo se realizará también.

Finalmente, para que la reforma de la primera enseñanza sea completa, especialmente tratándose

de las pequeñas localidades que han sido nuestro objeto principal, se hace preciso plantear por separado, independiente de todo punto de la enseñanza de niños, una enseñanza de adultos organizada en la mejor forma posible.

Sin este requisito serán siempre allí perdidos los beneficios del plan reglamentario; pasará desapercibido el provecho del progreso intelectual.

Las grandes necesidades de las familias, obligan á estas á retirar á sus hijos de la escuela en edad temprana; los aplican al trabajo y pierden completamente con el tiempo los insignificantes rudimentos que han adquirido.

La enseñanza de adultos subsanaría este mal: ella no solo serviría para conservar lo adquirido, sino para ampliarlo y corroborarlo: desdicha es que en esas localidades se hallen por lo común siete octavas partes de población que no saben ni leer ni escribir.

Esta enseñanza se debe dar de noche, y para no acumular cargo sobre cargo contra el magisterio público, se debe aumentar el personal indispensable.

También se realizará con el tiempo esta reforma á pesar de lo dificultoso que aparece; el progreso moderno está llamado á ofrecernos milagros.

Consagrando los domingos á ejercicios públicos dirigidos por el maestro y por el párroco, y haciendo de las bibliotecas el uso conveniente para propagar los conocimientos útiles, tendremos completa una reforma de primera enseñanza adecuada al espíritu del progreso moderno: los poderes públicos pueden realizarla sin gran trabajo, y la civilización les será deudora de inmensos beneficios.

LEANDRO A. HERRERO.

NOVIEMBRE.

Triste es la historia de Noviembre helado;
Ni tiene aromas, pájaros, ni flores,
Ni disfruta un instante los favores
Del firmamento puro y despejado.
En tanto dura su infeliz reinado,
El éter no le muestra sus colores,
Y sigue su carrera en los horrores,
De un cielo siempre gris y encapotado.
Yerto doquier el campo, blanquecinas

Las altas crestas de los pardos montes,
De nieve coronadas las colinas,
Sombrios los estensos horizontes.

Y las corrientes aguas plateadas,
Se miran en los rios congeladas.

FAUSTINA SAEZ DE MELGAR.

LA CARIDAD.

ARTÍCULO ESCRITO CON MOTIVO DE LOS ESTRAGOS
DEL CÓLERA.

Un mónstruo horrible, un encarnizado fantasma, una vision color de luto y muerte, se levantó sin saber dónde dormía; viene sin que se perciba su venida; llega con su ségur, implacable y temible, al lecho del mancebo que dormía descuidado.

Siente horribles convulsiones, dolores que destrozan sus miembros, y una agonía y una angustia que despedazan su corazón.

Después corre á la cuna del tierno niño, que llora y llama á su madre, porque se siente morir.

Más allá, atropella la marcha de un anciano: le postra, le aniquila, le proporciona infinitos martirios, hasta dejarle estenuado, arrancándole después el corto término que le quedaba de peregrinación en el mundo.

Al mismo tiempo sorprende á la feliz madre que arrullaba con afán sus tiernos hijos.

Llega, la contempla, rie de su felicidad; pero aquella sonrisa es de hielo, y la madre suelta al pequeñuelo en la cuna, y aleja á los otros porque no la vean morir, y al otro día, la madre que ya ha partido, los niños están solos; ¡piden pan!... y... su madre no viene; ha marchado para siempre, como los demás.

El anciano tiene frío, y la hija que le daba lumbré y pan, también se ha alejado para no volver.

El pico de los sepultureros no descansa.

Los ataúdes y carros mortuorios van acompasadamente, arrancando las familias de su hogar, para que nunca más los veamos, sino con los ojos del alma angustiada.

El manantial del llanto se desborda.

Un mar de lágrimas cae sobre la tierra removida aun, donde acaso vengamos mañana á buscar también ese lecho húmedo y frío, donde otros descansan ya.

Los lamentos taladran nuestros oídos; nuestras pupilas se fijan horrorizadas.

El cabello se eriza sobre la idea que bulle en nuestro cerebro, como la planta en una tierra arcillosa.

Nuestros labios buscan agua, y temen beber.

Desean alimento, y le apartan con horror.

Se desea acompañar á los padres y hermanos queridos, y sin embargo, huimos de la ségur que puede herirnos como á ellos.

Todos son fantasmas y dolores.

La miseria cunde. La devastación nos cerca.

Un grupo de niños se arrinconan en una pobre estancia, porque han perdido los que le dieran el sér.

Una esposa tiende los brazos buscando el apoyo de su vida, y solo toca unos paños mortuorios, sobre los cuales inclina la cabeza, lanzando un grito desgarrador.

Unos desaparecen y otros se postran.

Las frentes arden, las sienes se inflaman, ó el frío más espantoso acompaña á los lamentos y á los gemidos.

La postración cunde, porque el dolor deja exánimes los corazones, y arrebatada esa esperanza querida que sonreía ayer como un rayo de sol de la vida.

¡Pobres niños! ¡pobres madres! ¡pobres ancianos!

¡Sin embargo, vuestro dolor tiene un lenitivo!

¡Las puertas de vuestras casas se abren! ¡Os encuentran solos y abandonados!

Unos hombres benditos, unas mujeres cariñosas y amantes, aparecen en vuestro hogar.

Arrullan á los abandonados niños: reaniman al afligido anciano, y consuelan solícitamente á las esposas y las madres.

Ya no hay rostros avaros ni fríos.

Ya no hay estupidez ni crueldad.

Ya no hay almas gastadas y llenas de tédio.

¡Solo hay caridad y amor para los desgraciados!

Los que llamábais siglo de indiferentismo al siglo diez y nueve, los que creíamos que se había extinguido el sentimiento de la humanidad!

¡Los que juzgábamos que solo las malas pasiones y los vicios, eran los que imperaban en las almas!

¿Qué diremos ahora, cuando vemos arrullar los huérfanos desvalidos, socorrer á los padres que perdieron sus hijos, respetar y llevar el consuelo á los ancianos, y velar junto al lecho del enfermo, sin temor al contagio horroroso?

¡No tembleis, tiernos huérfanos! ¡ahí están vuestros amigos!

¡No temais, pobres ancianos por vuestra soledad!

Hay mujeres piadosas que serán amantes como vuestras tiernas hijas.

No temais, esposas abatidas, esposos desolados; porque vendrán hermanos cariñosos que os consolarán.

Ni el hambre, ni el frío, invadirán vuestros hogares.

¡La caridad bendita viene á visitaros!

¡Y qué hermosa y qué esplendente es la caridad!

¡Oh! ¡bendita sea una nación que en la desgracia reconoce sus hermanos, y los abraza tiernamente!

¡Bendita el alma del noble español, que siempre se despierta grande y generoso para los infortunios!

¡Vedlos allí, cómo se lanzan al peligro!

¡Cómo se disputan el placer de ser los primeros!

¡Con qué orgullo han aceptado el honroso título de *Hermanos de los pobres*!

¡Una corona no sería para ellos tan grata como la misión de llevar el consuelo á los seres infortunados!

¡Oh generosos é hidalgos españoles!... ¡bien! ¡bien por vuestro corazón entusiasta y grande!

¡Habeis probado una vez más que sois tan buenos y honrados como heroicos, sublimes y compasivos!

El alma se eleva, el corazón late de orgullo, y el pecho se dilata al ver que en medio de la desolación y la muerte, podemos llamarnos felices, porque somos humanos y compasivos.

¡Bendita! ¡bendita sea la caridad!...

ROGELIA LEON.

LA CAIDA DE LAS HOJAS.

Ya llega tu helada brisa,
Melancólico Noviembre;
Tus crepúsculos y tardes
Que el corazón entristecen.
Despójense de sus galas
Los valles y el campo alegre;
Gime la naturaleza
Bajo tu manto de nieve.
Adios, las gallardas flores,

Adios, los árboles verdes:
La espesa lluvia os azota,
El huracán os desprende,
Y las galas que os arranca
En súcio polvo convierte.
Ya no sois más que una sombra,
Una luz que palidece,
Un hálito que se apaga,
Una esperanza que muere.

Tales son las alegrías,
Inconstantes como breves;
Tales son las ilusiones
Que imaginamos perennes;
Así es el amor, la gloria,
Así cuanto el pecho siente;
Y así también es la vida,
Quizás más corta y más débil
Que esas hojas que arrebatan
Los alientos de Noviembre.

¡Pero no! nada en el mundo
Se destruye; nada muere:
La planta que invierno seca
Primavera reverdece;
Si el árbol quedó desnudo
Retoña después más fuerte;
Nada sucumbe ni acaba,
La vida nunca perece;
Se va para abrir camino
Á otra vida floreciente.

Esta extraña afinidad,
Es la cadena que tiene
Eslabonado á lo móvil
Con lo íntimo de lo inerte;
A la luz en el ocaso
Con la luz en el Oriente,
Lo que se alza y lo que cae,
Lo que mengua y lo que crece,
El sepulcro con la cuna,
Lo que va con lo que viene.

Los frutos de Abril y Mayo
Son semillas de Noviembre;
Los recuerdos del abuelo
Son los sueños del imberbe;
La redención de las almas
Tiene principio en la muerte.

ADOLFO LLANOS Y ALCARAZ.

EL MANCO DE LEPANTO.

Gozaos y alegraos porque vuestro galardón muy grande es en los cielos. Pues así también persiguieron á los Profetas, que fueron antes de vosotros.
(Evangelio de S. Mateo, cap. v.)

Era el 23 de Abril de 1616. La campana de Santa Catalina zumbaba tristemente el toque de oraciones. Aquel sonido melancólico, que bien podía pasar por un toque de difuntos, llevaba su eco hasta una estancia pobre y desmantelada, donde tenía lugar un suceso terriblemente desconsolador.

Era una casa de mediana apariencia, situada en la calle del Leon, esquina á la de Francos: en la buardilla del edificio, y en una sala de desnudas paredes, se veían tres personas formando un grupo doloroso.

Cerca de un humilde lecho se hallaba una mujer aun jóven y bella, y un sacerdote: la primera se deshacía en llanto, arrodillada á los pies de la cama; el segundo murmuraba una oración á la cabecera; sobre el lecho se miraba un anciano en cuyo rostro pálido y demacrado se leía todo un poema de resignación; su frente, ancha y desembarazada, se extendía bajo una plateada cabellera: de sus ojos macilentos y hundidos donde aun brillaba una chispa de extraordinaria vivacidad, se desprendían dos lágrimas, y sus labios contraídos dibujaban una leve sonrisa de amargura.

Aquel anciano que, según todas las tristes señales, se hallaba próximo á exhalar el último suspiro, era Miguel de Cervantes Saavedra.

El soldado de Lepanto.

El cautivo en Argel.

El regocijo de las musas.

«Voy á morir» murmuraba con voz apenas inteligible, y apretando contra su pecho un Crucifijo de ébano: «Voy á tocar por fin en el tan deseado puerto de mi descanso: ¡morir! ¡y qué es la muerte sino el fin de todo lo amargo.»

Y como si este pensamiento le hubiese prestado fuerzas, sus ojos brillaron: su pecho se dilató un tanto, y continuó.....

«De escasa fortuna, oscuro hallé siempre el porvenir que de color de rosa había soñado.

«Mi corazón de poeta necesitaba grandes sensaciones y las encontré: los mares se cubrieron de galeras, el grito de guerra sonó, y el ángel del es-

terminio extendió sus alas sobre el golfo de Lepanto.

«Una gloriosa herida fué mi premio en aquella jornada.

«Cautivo mas tarde, suspirando en las orillas del mar, veía ante mí un horizonte de luz que me fascinaba; ilusiones de oro se cernían sobre mi cabeza..... pero en vano soñaba con heroicidades; mi rescate lo debí á un caudal de lágrimas.

«En cien combates hallé el desengaño.

«Abandoné la espada por la pluma, pero las letras fueron tan ingratas como las armas.

«Había sido cautivo de infieles; lo fui también de cristianos.

«En prisiones nació lo que entre hierros se había engendrado.

«Las Musas regocijadas saludaron *El Quijote*.

«*El Quijote* será la luz imperecedera que brillará eternamente sobre mi sepultura.»

Dijo el anciano, y cayó desvanecido sobre la almohada.

Abandonado de los hombres había vivido, y abandonado exhalaba el postrer aliento.

Un reguero de lágrimas marcaba en la tierra las huellas de aquel coloso de fortaleza, de aquel mártir de ingratitudes, de aquel asombro de virtuosos, del inmortal autor de *El Quijote*.

¡*El Quijote*! poema colosal y sorprendente, entretenimiento de ociosos, admiración de sabios, fuente de placer para todos; libro donde resalta todo lo grande, todo lo bello, mezclado con lo ridículo é ingenioso. ¿Historia? Él es una elegante recopilación de hechos notables. ¿Filosofía? Puede pasar por la concepción de un Sócrates. ¿Idealismo? Todo él es una fantasía bellísima, encantadora; su héroe es un fantasma creado por los vapores de la sátira.

El idealismo y la materia se juntan y fraternizan en tan colosal poema.

D. Quijote y Sancho: hélos aquí.

El primero, queriendo hallar lo que solo en su imaginación acalorada existe; el segundo, no hallando si no lo que comprender puede su bajo y grosero entendimiento; el uno el ridículo de la exaltación, el otro la exaltación de lo ridículo. Hermoso conjunto donde nada falta; precioso canastillo de matizadas flores cuyo vigor y fragancia eternizan los soplos de la verdad.

Por eso, cuando la España del siglo XVIII desapareció arrastrando consigo sus anomalías y supersti-

ciones; cuando regenerada y noble apareció en el horizonte patrio la era del siglo XIX, cobijada por la civilización y regida por la justicia, el genio del gran Cervantes que á la ventura vagaba por el espacio, pudo batir sus alas gozoso contemplando sus triunfos, aunque tardíos, grandes y deslumbrantes.

España no es ya la tierra que vió morir de pobreza á uno de los que lustre iban á dar á su historia; el talento adquiere hoy en ella el merecido premio, los laureles ciñen ya todas las frentes que supieron conquistarlos.

Por eso el solo nombre de Cervantes es hoy un poema de grandezas; sus desgracias se sienten, sus obras se admiran y comprenden, y su historia vaga de boca en boca, no solo por los ámbitos de su patria reconocida, sino hasta en los más lejanos horizontes extranjeros.

Con esta admiración, con esta justicia, la sociedad del siglo XIX cree reivindicar á la raza española que con sus ignorancias de época cubrió al país de vergüenza.

De la estatua del inmortal ingenio, que rodeada de flores ocupa hoy un lugar en una de nuestras plazas, acaso la menos á propósito para ostentar al Príncipe del habla castellana, parece salir una voz que esclama con acento reconocido: «¡Salud, generación presente, tú sola bastas para vindicar al mundo! ¡Salud, noble juventud, que al pronunciar mi nombre sientes rodar por tus mejillas las lágrimas del entusiasmo! ¡Bendita seas tú, que á los que por malicia é ignominia te calumnian, puedes contestar que la raza que respeta á Cervantes y eleva monumentos al saber, no puede ni debe ser despreciada!

«[Siglo de Quintana y Espronceda, salud!]

JOAQUIN TOMEY BENEDICTO.

LAS ILUSIONES PERDIDAS.

¿Oyes del viento al silbido
Agitarse nuestra vida
Huyendo el placer querido?
Pues es el triste gemido
De una ilusión ya perdida.
¿Oyes el ave trinando
Tristes, sentidas canciones
Mientras se va remontando?
Pues es que van ya volando
Al cielo las ilusiones.

¿Al mar proceloso y fiero
Sin rumbo ni fresco ya
Lo oyes rugir altanero?
Pues es el eco postrero
De una ilusión que se va.
¿Miras el triste quebranto
De una mujer á quien hieren
Las penas del desencanto?
Pues es el dolor del llanto
Por ilusiones que mueren.
¿Miras el sepulcro impío
Que al son de triste reloj
Abre su centro sombrío?
Pues guarda el cadáver frío
De una ilusión que murió.

A. ALCALDE VALLADARES.

CONSEJOS PARA HACER FORTUNA.

POR

FRANKLIN.

(Conclusion.)

II.—Amor al orden.

Independientemente del amor al trabajo, necesitamos además de estabilidad, de orden, de cuidado, y vigilar nuestros negocios con nuestra propia vista, sin fiarnos tanto en la de los demás; porque nadie ha visto aún que medre mucho un árbol ó una familia que cambie de lugar muy á menudo. Tres mudanzas perjudican mas que un incendio.—Guarda tu tienda, y ella te guardará.—Si quieres que tu labor se haga, ve allá, y si no quieres que se haga, envía á otro.—El ojo del amo ejecuta más trabajo que sus dos manos.—La falta de cuidado perjudica más que la falta de la ciencia.—No vigilar á los trabajadores, es lo mismo que entregarles la bolsa abierta.—El cuidado que uno se tome de sí mismo es el que fructifica más: porque es evidente, si quieres tener un servidor fiel y que te complazca, sírvete de tí mismo.—Los grandes males suelen tener muchas veces el origen en los pequeños descuidos.—Por un clavo se pierde una herradura: por una herradura se pierde un caballo, y por un caballo se pierde un caballero, porque llega su enemigo y le mata: y todo por no cuidarse del clavo de la herradura.

III.—La economía es el complemento indispensable del amor al trabajo y al orden.

1.º El que quiera llegar á ser rico, necesita poner tanto cuidado en guardar como en ganar. Á co-

cina grasa, testamento magro.—La América no ha llegado á enriquecer á España, porque sus gastos han escedido siempre á los ingresos.

2.º Deja á un lado tus locos dispendios, y no tendrás tanto por qué quejarte de lo fatal del tiempo, de lo grave de los impuestos, y de las cargas que sobre tí gravitan; porque las mujeres y el vino, el juego y la mala fé, convierten en pequeñas las riquezas, y en grandes las necesidades.—Mas que dos hijos cuesta alimentar un vicio.

3.º Desconfía de los gastos pequeños. Los arroyos chicos forman los grandes rios.—Una ligera hendidura basta para echar á pique un gran navío.—Compra lo que no te sea útil, y dentro de poco tendrás que malvender lo que te sea necesario.—Reflexiona bien antes de aprovecharte de lo que veas vender barato.—Es gran locura emplear el dinero en comprar un arrepentimiento.

4.º Gró y raso, escarlata y terciopelos, apaga la lumbre del fogon: lejos de constituir las necesidades de la vida, apenas forman las comodidades. Por estas y otras semejantes extravagancias, se ven las personas de buen tono reducidas á pobreza, y obligadas á pedir prestado á los que menospreciaban antes, pero que viven á fuerza de actividad y economía; lo que prueba que un labrador puesto de pié, es más grande que un magnate hincado de rodillas.

Donde se saca y no se mete, el fin se halla; al ver secos los pozos es cuando se aprecia el agua.—Antes de los antojos debe consultarse la bolsa.—El orgullo es un medicamento que grita tan alto como la necesidad y con mucho más descoco.—El pobre que remedia al rico, es tan loco como la rana que se infla para igualar al tamaño del buey.—Los navíos grandes pueden aventurarse algo, pero los botes no deben apartarse de la orilla.—Además, las locuras de este género se ven muy pronto castigadas; porque el orgullo que come de vanidad, cena de menosprecio.—El orgullo se desayuna con la abundancia, come con la pobreza y cena con la vergüenza.

5.º Evita las deudas.—Si quieres saber cuál es el valor del dinero, ve y pídelo prestado.—El dinero engendra dinero; los hijos que engendra, se reproducen más fácilmente aun, y así sucesivamente.—Cuanto más se multiplican las imposiciones, más se acrecen; y tanto más pronto se consigue sacar utilidad de ellas.—El que disipa un duro, destruye todo cuanto podía producir este duro, y hasta centenares de reales.—El buen pagador es dueño de los demás.

—El que tiene fama de pagar con puntualidad y exactitud en el plazo convenido, puede en todo tiempo gozar del dinero que tengan disponible sus amigos; recurso apreciableísimo en ciertas ocasiones.

Adquirir deudas es lo mismo que hacer á los demás arbitrarios de nuestras acciones.—Un saco vacío se tiene muy mal en pié.—El que compra fiado, paga no solo el valor del objeto que compra, sino también una prima de fianza por la esposicion que corre el vendedor; el que compra al contado, la evita, ó puede evitarla.—La Cuaresma es sumamente corta para quien tiene que pagar en la Pascua.—Procurad mejor acostaros sin cenar, que levantaros con una deuda.

6.º Debe mirarse para en adelante, en tanto que es uno jóven, y está en buena salud. El sol de la mañana no brilla todo el día.—Ganad cuanto podais, y guardad lo que ganeis; hé aquí la piedra que convertirá en oro vuestro plomo.—El que prodiga sin fruto por valor de veinte reales de su tiempo, los pierde con tanto talento como si les arrojara al mar.—El que pierde veinte reales, pierde no solo el valor de estos, sino además todo el provecho que hubiera podido sacar de ellos, empleándolos en cualquier industria, lo que, en el espacio que media entre la juventud y la edad provecta, puede ascender á una suma considerable. Gastad al día dos cuartos menos de la ganancia neta que obtengais.—La independencia con mucha ó poca fortuna, es una suerte feliz, y coloca al hombre que la posee al nivel de los poderosos.

IV.—*Del modo de conducirse y de la religion.*

Si bien son cualidades excelentes la actividad, la prudencia y la economía, no serian de todo punto inútiles sin la bendicion del cielo; impetra por lo tanto con humildad esta bendicion, y no dejes de ser caritativo para los que necesiten; consuélalos y ayúdalos.—Por último, daremos el siguiente buen consejo á los que quieran enriquecerse.

La esperiencia posee una escuela que cuesta cara; pero que es la única en que pueden instruirse los insensatos.—Franklin tiene mucha razon al decir que se puede dar un buen consejo, pero no una buena conducta. No obstante, téngase presente esto: «Quien no sabe ser aconsejado no puede ser socorrido; y además, que si no prestais oidos á la razon, no dejará de daros sobre los dedos.—La religion hace desear la vida, no por el placer de respirar,

sino por el de hacer bien. La naturaleza entera obedece las leyes de Dios, centro y modelo de toda perfección.

«Debemos dedicarnos á reconocer esta divina perfección, esta bondad infinita, para arreglar á ella nuestra conducta, invocada para seguir sus inspiraciones. La templanza es la mejor cosa que uno se puede procurar. De entre las deudas, la más sagrada es la del reconocimiento.

«Es necesario dedicarse menos á adquirir las cualidades que no se han recibido de la naturaleza, que á libertarse de los vicios y defectos que se tengan. —Dios está en nosotros; por doquiera, el hombre que sigue sus inspiraciones se eleva, se engrandece desde el humilde pastor hasta el hombre de Estado, bienhechor de la humanidad.—Uno y otro atraviesan la vida haciendo el bien y combatiendo el mal.»

GUILLERMO MONCI.

(Continuacion.)

¡Hé aquí lo que no comprenden los hombres en muchos casos que callamos, por no dar alas á la virtuosa necesidad!

Pero el pobre Marcial no fué oído, ni la pobre niña pudo llegar á tiempo de evitar una catástrofe.

El perro corrió hácia la portada de la casa grande, amenazado con la culata de la escopeta del guarda, y cuando iba á cruzar los umbrales de aquel recinto, el hombre brutal, dió una repentina vuelta á la mortífera arma, y el tiro salió, dejando muerto en el acto al infeliz Marcial.

Tres gritos sonaron á un tiempo; el aullido final del leal perro que moría llamando á sus amos, el grito espantado de Teresa que corrió como una loca á lanzarse al edificio, y el desgarrador gemido del ciego infeliz, que se tiró desde la colina cayendo en el río, cuya corriente le arrastró en seguida.

Teresa entró en la casa grande dando gritos desesperados, y, ya sin fuerzas, vino á caer en un ancho diván de damasco carmesí que había en unos estensos cenadores.

El guarda entró detrás, amenazándola también.

—¿Qué es eso, Genaro? ¿qué es eso? ¿Por qué grita esa muchacha tan desafortadamente? preguntó una señora que, recostada muellemente en unos almohadones de encaje, con viso blanco de seda, apenas se podía mover por la obesidad de sus carnes.

—Esta desarrapada grita,—contestó el guarda,—porque he matado un perro rabioso que nos venía á morder.

—¿Con que por que la has librado de un peligro tan cruel se pone así la ignorante desagradecida?

Arrójala de casa, Genaro, arrójala, que me está llenando de polvo y de miseria el diván.

¡Son insufribles estos pobres de las cercanías!

¡Me harán abandonar mi palacio al fin!

¡Llévate, llévate esa harapienta muchacha!

Y la infeliz niña fué lanzada á la calle casi loca de dolor, mientras la señora decía con mucha calma á una doncella que había acudido al tiro:

—De buena nos hemos escapado, Inesilla. De un perro rabioso que nos iba á morder, y de una muchacha que debe ser hija de un bandido, según sus trazas. ¡Vaya un par de cuadros para divertirse!

—¡Ave María purísima!—esclamó, riendo la gracia de su señora, la servidora fiel.

—¿Qué refresco quereis que os haga para el susto?

—Un poco de éter en aquel agua del frasco azul.

—¿Se os han atacado los nervios, señorita?

—¡Un poco! Inesilla, ¡un poco!

Y mientras volvía la doncella, la señora se quedó dormida. ¡Y qué nervios que tendría la buena señora! ¡Y qué sensibilidad tan esquisita y superior!

¡Dichosos los que no sufren, porque de ellos es el reino de la tierra!

«¡Dichosos los que no lloran, porque ellos no necesitan ser consolados!»

Así decía nuestro amigo el Dr. Espinosa, un día que leyó nuestro artículo titulado *El llanto*!

Y así decimos nosotros, á la vista de escenas por el estilo.

III.

Los lobos.

La noche de este día se oían alegres risotadas en la casa grande, y los embriagadores sonidos de un piano se mezclaban á voces argentinas que cantaban. ¿Quién se había de acordar del pobre perro que murió por ser obediente á sus amos, del ciego que arrastró la corriente, ni de la infeliz niña que vagaba por el valle, casi perdida la razón?

La infeliz Teresa había arrastrado su perro hasta un banco de musgo, y allí le había besado, le había acariciado y había querido reanimar su vida, pero Marcial estaba inundado de sangre, y muerto.

Su boca no se entreabría para lamer las manos de su ama, ni ladraba ya para defenderla.

La horrible bala de aquel hombre iracundo le había atravesado la cabeza.

¡Y con qué indiferencia envían los hombres las balas!

¡Y qué á sangre fría preparan el arma mortal!

¡Y cómo dejan partir el tiro sin horrorizarse de la existencia que van á arrancar!

¡Un perro! ¿Quién no ha matado algún perro en la vida, ó quién no le ha golpeado cruelmente? dicen los seres inhumanos, cuando refieren sus hazañas y sus proezas llenas de esterminio y sangre.

¡Y, sin embargo, aquel perro representaba su papel en medio de una honrada familia; guiaba á un ciego quizás, ó había salvado á su amo la vida!...

Si esto puede decirse de un perro, ¿qué diremos de un padre cuyo corazón es atravesado por una bala? ¿De un hijo que cae muerto, herido como de un rayo? ¿ó de un esposo cuyo tálamo deja vestido de negros crespones la mano homicida que hirió sin titubear? ¡Horrible es en verdad que los hombres preparen por sí mismos los medios de destruirse, con esa frialdad culpable, y sin que les grite su conciencia ni les intime la voz de la eternidad.

La pobre Teresa, cuando vió que no podía reanimar á su muerto amigo, lanzó un gemido doloroso y miró la colina donde le aguardaba su padre.

Al no verle allí, sintió un frío mortal por las venas, y su corazón se quedó paralizado en el pecho.

—¡Padre! ¡padre! quiso gritar la infeliz, y no salieron ecos de su garganta.

—¡Padre! dijo al fin con una voz desgarradora y enronquecida, y cayó sin sentido junto á Marcial.

La noche avanzaba, y una neblina calurosa ocultaba en sus brumas el peñasco donde había estado el desventurado ciego.

Todos los ruidos fueron cesando, á medida que las tinieblas se iban apoderando del espacio donde poco antes brillaba el sol.

Algunas aves tocaron la solitaria colina con sus alas y después se lanzaron al valle, para buscar los árboles frondosos y sus columpiados y cómodos nidos.

Los reptiles buscaron sus grutas, y la luciérnaga se arrastró por el césped, orgullosa de poder lucir su tenue brillo como una estrellita pequeña posada en la madre selva, ó en el espeso resedal.

Todos hallaron una guarida, menos la pobre Teresa, que siguió inmóvil como una muerta.

Entretanto el silencio del valle se interrumpió

por los pasos acompasados de unos trabajadores que cruzaban por allí.

Á la dudosa luz del crepúsculo se les vió atravesar el valle, cabizbajos y silenciosos.

¿Cómo no cantaban cual otros días?

¿Qué era lo que llevaban sobre sus hombros?

El toque de las oraciones se dejó oír en la campana de la capilla que tenía la casa grande, y los trabajadores se detuvieron, quitaron los sombreros de sus cabezas, y colocando en el suelo un bulto que llevaban sobre unos cruzados troncos, se pusieron á rezar las Ave-Marías con el mayor fervor.

Al concluir las, dijo uno de ellos:

—¿Y no rezas por ese viejo soldado que llevamos ahí?

—¿Estará acaso muerto? contestó el interpelado.

—Cuando le saqué del río, como ahora, no daba señales de vida alguna; pero si está muerto rezaremos por su alma, y si está vivo, porque le veamos reanimarse lo más pronto posible.

—¡Tienes razón, Perico, tienes razón! ¡Al cristiano nunca le falta donde aplicar sus rezos!

El que no lo hace así, es como la mujer floja y descuidada, que, si la oyes, nunca tiene nada que hacer, pero sus hijos andan descalzos.

Y aquellos buenos hombres rezaron con edificante fervor sus Ave-Marías, y sus Padrenuestros aplicados á la vida ó la muerte del ciego infeliz, y cargaron en seguida con él, diciendo: «Nuestro amo le sanará, ó le dará sepultura si está muerto.»

—Mucho se va á afligir con el estado de ese pobre hombre. ¡Me parece que no debíamos llevarle allí!

—Y ¿dónde se conduce ese desgraciado? ¡Además, que el amo se resentiría si no le dejáramos hacer esa obra buena, como tantas otras ha hecho por las cercanías!

—¡Pues andando!—¡Pues andando!

—Y el cortejo fúnebre siguió su camino.

—La niña distinguió á lo lejos aquel extraño grupo, y, sin saber por qué, rompió á llorar desconsoladamente, y veloz se lanzó á la colina.

Desde el punto más alto desde donde se distinguía perfectamente el valle, empezó á mirar con avidez qué significaban aquellas apariciones extrañas, que tal le parecían por el estado febril de su cerebro.

Sus ojos parecieron desencajarse y salirse de las órbitas para ver mejor. Tendió los brazos hácia adelante, y su cuerpo se balanceó en el aire, como si se

quisiese volar al sitio donde se representaba aquella escena mortuoria y terrible.

—¡Padre! ¡padre! gritó la infeliz de nuevo, mirando en rededor con el mayor delirio.

—¡Padre!.... repitió el eco lejano, perdiéndose allá á lo lejos, como una espiral de humo que sale de la choza del pobre pastor.

En este momento, los trabajadores cruzaban por un cercado bastante inmediato á la falda de la colina, trayendo de frente á Guillermo.

Pero desde arriba no se podía distinguir quién fuese el muerto.

¿Y dejaría por eso de verle su hija?

¡Oh! el corazón de una mujer nunca se engaña; y si esta mujer es hija buena y cariñosa, á muchas leguas de distancia conocerá si el corazón de su padre ha dejado de latir.

¡Pobre Teresa! ¡Pobre niña harapienta y abandonada! ¡Si le quedara duda de que llevaban allí al desventurado ciego, se lo diría muy bien el viejo capoton azul que caía por un lado del cadáver!

Aquel capoton agujereado por las balas y descolorido y roto por la miseria, parecía la rota bandera de un ejército vencido, agitada por el viento.

Una manga del capoton se deslizó de repente del pecho del cadáver, donde la habían echado los piosos conductores, y le pareció á Teresa que su padre iba vivo todavía, y que, distinguiéndola sobre la pelada cima, la había llamado.

—¡Ya voy, padre mío! ¡ya voy!—gritó la desventurada niña, y lanzándose como un águila por la pendiente, parecía la flecha arrojada por la mano de un indio feroz.

Pero la cuesta era terrible, y la niña tenía ensangrentados los pies.

Ademas, sus labios estaban resecos y tirantes.

El latido de su corazón era tan desordenado y repetido que ahogaba sus pulmones, impidiendo el curso á la respiración.

La infeliz cayó rendida y espirante en medio de la pendiente, y cruzando las manos sobre el pecho miró al cielo para llamarle en su ayuda.

Sus ojos se cerraron de repente, y su sentido se desvaneció por completo.

Muchas brisas de la noche pasaron sobre aquella frente cadavérica, y la niña no volvió.

Las aves agoreras se cernieron sobre el espacio, porque lo nocturno de las sombras las dejó salir de sus escondidas grietas, mientras sus compañeras,

las amantes del sol, se escondían cuidadosas procurando dormir.

Las doce daban en la capilla vecina, y un lobo dió un aullido espantoso.

Pareció que otros aullidos respondían, y que aquellos carnívoros seres se preparaban á un festín.

Bien cerca tenían la víctima.

¿Y á qué se habían de cebar en aquellos despojos?

¡La pobre Teresa, tan espiritual y tan desgraciada, era muy poco alimento para aquella jauría insaciable, que hubiera querido cebarse mejor en la gorda señora de la casa grande, que en aquel esqueleto de niña tan enfermiza y demacrada por el infortunio.

Pero el camino para devorar á los pobres es bastante corto, porque se ponen al paso, como las piedras de la calle, á la vez que el de los ricos está defendido por murallas y puertas de hierro.

Los lobos tuvieron su consulta, y se convencieron muy bien, que nadie defendería á la hija de Guillermo Monci, el bravo militar que otras veces defendió la patria heroicamente, y se decidieron por devorarla, mejor que á la robusta hija del *Avaro Duran*, cuyas posesiones estaban cercadas de anchos fosos, llenos hasta arriba de sangre de infelices mártires, á quienes había usurpado su fortuna.

Y aunque esto sea un lenguaje figurado, pues ninguna sangre se veía en los alrededores del palacio del *Avaro Duran*, para las almas sensibles, que ven lo que no distinguen las desapiadadas, había allí mucha sangre vertida, y mucho sudor copioso derramado.

Pero aquella feliz hija dormía en dorado lecho, y blancas cortinas de seda de Italia caían en pabellones para no dejar paso á los perturbadores mosquitos, mientras la pobre Teresa estaba cercada de lobos que venían á devorarla sin piedad.

Cualquier alma vulgar perdería la fé con este cuadro; ¿no es cierto?

Cualquiera diría, al mirar esta escena desagradable, que pues el vicio y la maldad triunfan siempre, y la virtud es perseguida y devorada, debemos ser ricos, y nada más que ricos; pues el oro es el Dios y la felicidad.

(Se continuará.)

ROGELIA LEON.

MODAS.

CORREO DE SEÑORITAS.

Llegó la hora de las confecciones; el invierno avanza y con él los encantadores tejidos que han de componerlas, entre los cuales figuran en primer término los terciopelos jaspeados, que son lindísimos, y les vaticinamos una boga indudable á juzgar por la gran cantidad que se prepara.

Lo que vamos á mencionar, pero sin dar nuestra aprobacion, es el abuso que se hace del guipure Cluny, tan precioso cuando se emplea con moderacion. Nos gusta mucho, y repetimos que le distingue un sello enteramente artistico; pero seremos los primeros en gritar ¡alto ahí! al verlo ostentarse en entredoses sobre los sombreros. Se nos contestará que es moda, pero haremos frente á esta palabra, porque nos parece que un encaje de hilo sobre un sombrero de seda ó terciopelo es un contrasentido á que debemos oponernos; ¿no tenemos la blonda que le conviene mucho mejor? Para el empleo del guipure Cluny hay mil accesorios donde tiene su lugar, pues sin contar la lencería donde se impone de derecho, las camisas rusas ó sicilianas y los foulards de la India vienen á ser maravillosos adornados de guipure.

Tenemos una linda novedad para negligés; es una tela de lana género terciopelo otomano, fondo negro, con anchas rayas de colores vivos, pensamiento, azul, maiz, etc. Estos últimos tienen un reflejo dorado que debe sentar admirablemente á las morenas. Las rayas convienen perfectamente á la forma Princesa; esto explica su boga para este invierno, en que casi todos los trajes se harán en punta. Esta forma es bonita y elegantísima, pero no hay que dejarse deslumbrar por el lado agradable, sino mirar la medalla por el reverso y considerar se necesita una excelente modista para ejecutar tan difícil corte, que para ser gracioso debe tocar en la perfeccion. No es menos esencial que el miriñaque esté bien configurado describiendo bien la cola, si no se quiere dar al traste con el buen efecto del vestido.

La moda de las dobles faldas está en todo su esplendor, sobre todo en diferentes colores; tenemos dos modelos en este género que podrán dar una idea bastante exacta de lo que se llevará.

El primero, bastante elegante, se compone de una primera falda en tafetan azul Méjico con tres vueltas de guipure Cluny sobre el falso que luego

remontan en medio por delante. La segunda es á rayas anchas Pekin de terciopelo negro sobre tafetan azul. Forma dientes y remonta despues abriéndose por delante en túnica redondeada, sostenida de distancia en distancia por un bordado de oro. La vesta rusa es semejante, guarnecida de oro, y debajo se descubre el chaleco á mangas largas en tafetan azul adornado de guipure Cluny. Este traje se lleva para comida, completándolo con un prendido de bandelettes azules y oro.

El segundo es para salir, con primera falda en *poult-de-soie* negro, y otra treinta centímetros más corta y hendida veinte centímetros en cada costura. Este traje de forma Princesa, con gruesos botones, pensamiento sobre todas las costuras, es enteramente *comme il faut*. Lo completa un sobretodo de terciopelo negro jaspeado y guarnecido de sencillas cuerdas en pasamanería, y un sombrero de terciopelo pensamiento, que tiene por fondo una catalana en blonda sujeta por una semi-corona de pensamientos en terciopelo con los centros de oro. El bandeau es igual.

JOAQUINA DE CARNICERO.

EXPLICACION DEL FIGURIN.

Primera figura. Vestido de raso, adornado en el bajo por tres órdenes de entredoses perlados; segunda falda recortada á dientes puntiagudos ribeteados de cinta. Un boton liso va colocado detrás en tres dientes. Esta falda está drapeada por cordones de pasamanería; cuerpo con aldeta, adornado de entredoses, abierto por delante sobre un chaleco blanco.

Segunda figura. Vestido de *poult-de-soie* con cruzados de guipur en el bajo de la falda. Segunda falda de *poult-de-soie* con cintas de terciopelo, cortada en ondas en el bajo, y guarnecida de guipur. Se recoge de trecho en trecho por presillas de pasamanería. Sombrero de terciopelo *Empereatriz* con velo largo.

Tercera figura. Niña de tres años.—Vestido de popelina moteada con tres órdenes de terciopelos dispuestos en ondas. Albornoz de cachemir con gorra de terciopelo.

Por todo lo no firmado,

El Secretario de la Redaccion, JUAN DE MOLINA.

Editor propietario, VALENTIN MELGAR.

Madrid: 1865.—Establecimiento tipográfico de R. Vicente.
Call de Preciados, 74, bajo.



LA VIOLETA

Redaccion y Administracion

Concepcion Geronima N° 13. Pral Derecha

Ayuntamiento de Madrid

MADRID

